

# HAZ LA LEY Y NO LA GUERRA

MARY KALDOR

**E**l día anterior a nuestro encuentro en Barcelona\*, un periodista me preguntó si se me ocurría un lema para el siglo XXI. «En los años sesenta», me dijo, «el lema era: “Haz el amor y no la guerra”. Usted estuvo involucrada en el movimiento pacifista, ¿cuál sería su lema ahora?» En ese momento no se me ocurrió ninguna respuesta y musité algo acerca de una sociedad civil global. Pero en mitad de la noche, de repente, me vino a la cabeza: mi lema sería: «Haz la ley y no la guerra». En este artículo, quiero explicar porqué.

En épocas anteriores, la ley, basada en el consentimiento individual, se reservaba para el ámbito nacional, al igual que la política; de modo más específico el ámbito nacional de los países de Europa occidental y, más tarde, de Norteamérica. La ley, basada en el consentimiento, se consideraba una alternativa a las guerras privadas. Todavía tendemos a pensar que el ámbito nacional es el lugar donde normas y valores pueden ser debatidos en público y pueden influir en la autoridad política. En la esfera internacional, por el contrario, reinaba el «realismo», un lugar donde los actores eran Estados, no individuos, y aunque a veces llegaban a acuerdos y establecían normas, la guerra era un instrumento legítimo de la política y el poder, sobre todo el militar, determinaba las relaciones entre los Estados.

En mi opinión, desde la década posterior al final de la guerra fría esa distinción entre lo nacional y lo internacional, entre lo «interno» y lo «externo» se ha difuminado. Durante lo que Castells llama «los felices noventa», presenciamos la aparición de lo que se podría llamar una

sociedad civil global: organizaciones no gubernamentales, movimientos sociales, redes e individuos que actúan transfronterizadamente, generan un debate público global e intentan influir en las reglas globales. La sociedad civil global estaba en el proceso de constituir y ser constituida por un sistema de gobernanza global que implicaba la extensión del derecho internacional sobre la base de un conjunto de autoridades superpuestas, tanto organizaciones internacionales como Estados. Dicho de otro modo, lo interno avanzaba sobre lo externo, lo nacional tomaba el relevo de lo internacional.

Estos cambios no significan el fin de los Estados, sino más bien su transformación. Los Estados juegan un papel fundamental en el mantenimiento de la autoridad política, y en especial, en el control de la violencia. Pero la evolución de la gobernanza global requiere Estados multilaterales y que crean en la ley, y no Estados unilaterales y que crean en la guerra. Es en Europa donde los Estados han avanzado más en este sentido. La mayoría de los países europeos han renunciado a la capacidad de hacer la guerra unilateralmente, tanto en términos legales como en la práctica. Su influencia y efectividad deriva de su presencia en foros multilaterales y en el establecimiento de normas de alcance global, en lugar de en su acción autónoma. No es una coincidencia que encontremos en Europa, en particular en Europa occidental, una correlación entre globalización, entendida como dependencia del comercio exterior, inversión exterior, tráfico aéreo y uso de Internet así como presencia de grandes compañías multinacionales; respeto al derecho internacional (reflejado en las ratificaciones de tratados internacionales y el respeto a los derechos humanos); y la densidad de sociedad civil global, por ejemplo los afiliados a ONG internacionales como porcentaje de la

población, o la participación en cumbres paralelas<sup>1</sup>.

Una manera de interpretar los cambios que han tenido lugar desde el 11 septiembre es como un retorno del «realismo», la contrarrevolución de los unilateralistas, da lo mismo que hablemos de Estados Unidos, Israel, India o Rusia. No creo que, en el contexto de la globalización, esta contrarrevolución pueda tener éxito. Ya no es posible aislar la sociedad civil de ningún país del resto del mundo. Lo que sí que puede propiciar, en cambio, es el triunfo de los «halcones», tanto públicos como privados. Puede conducir a sociedades problemáticas, polarizadas e inestables por todo el mundo, lo exterior imponiéndose sobre lo interior.

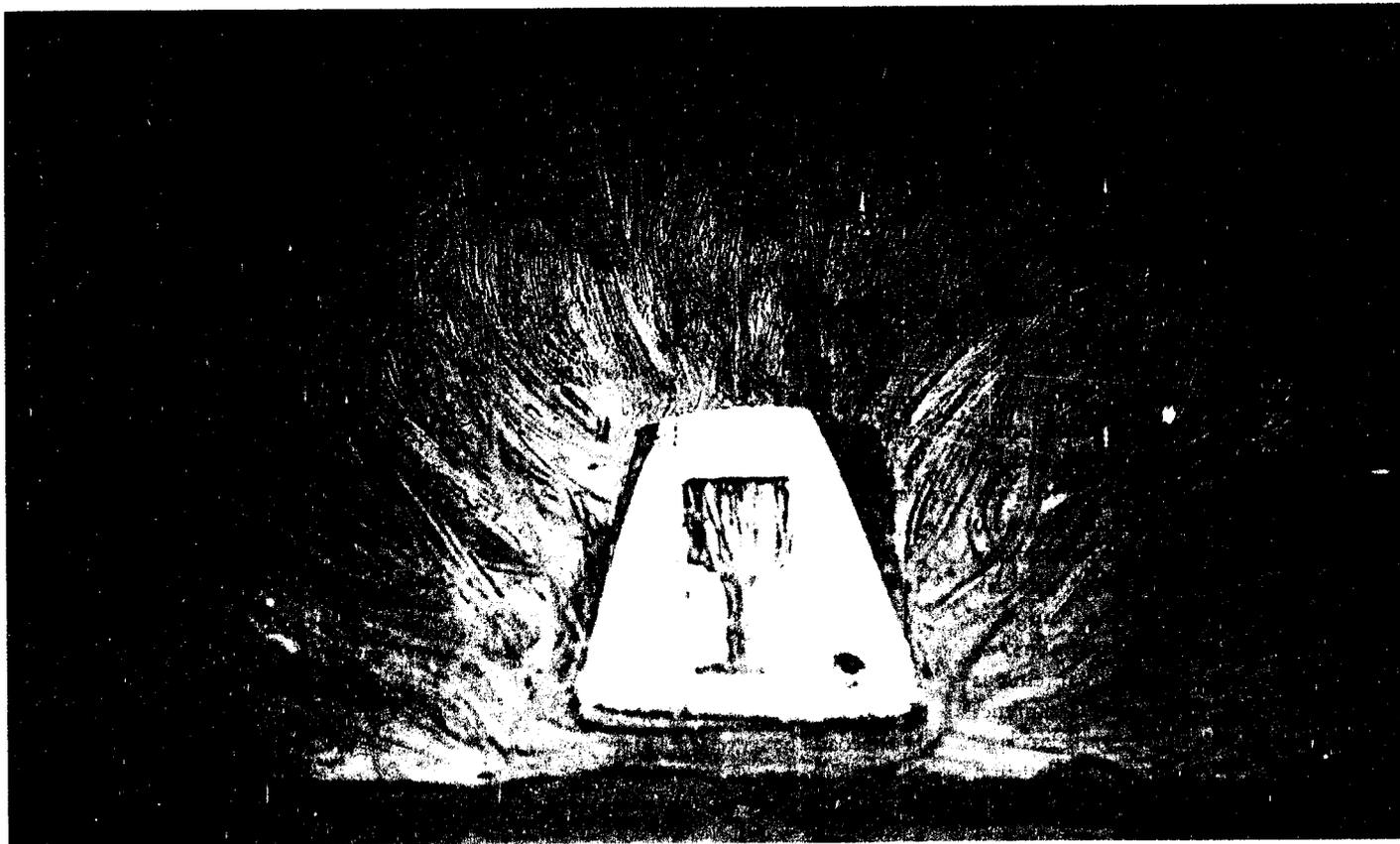
Para desarrollar este argumento voy a empezar con una breve digresión histórica sobre el significado de la sociedad civil. Luego explicaré qué es lo que ha cambiado y porqué la sociedad civil hoy en día sólo puede ser entendida en el plano global. Finalmente me referiré a la importancia del derecho humanitario, y al arduo trabajo que les espera a los países multilaterales si es que quieren preservar los avances de los años noventa.

## El significado de la sociedad civil

El término «sociedad civil» que usamos en la actualidad tiene sus orígenes en el comienzo de la modernidad, los siglos XVII y XVIII. Evidentemente, había aparecido antes. Como todos los conceptos políticos occidentales, hunde sus raíces en la filosofía política griega. Aristóteles habló de la *politike koinona* (la comunidad o sociedad política) para referirse a una sociedad gobernada por normas en la que el gobernante pone el interés general

\* Referencia al seminario organizado por la Fundación CIBOD el 10 de enero de 2002 en Barcelona bajo el título “Guerra y paz en el siglo xx, una perspectiva europea” cuyas ponencias serán publicadas por Tusquets Editores.

<sup>1</sup> Vid. Anheier, Glasius y Kaldor, *Global Civil Society 2001*, Oxford, Oxford University Press, 2001.



delante del suyo propio. El término se tradujo al latín como *Societas Civilis*.

La reaparición del concepto en los siglos XVII y XVIII estuvo inextricablemente ligada a las teorías de los derechos del individuo y a la idea del contrato social. Lo novedoso que tenía el uso del término en este periodo era la incorporación de la idea de igualdad, sacada del cristianismo. Una sociedad civil era una sociedad en la que los individuos se reunían para elaborar un contrato social y en la que el contenido de ese contrato se manifiesta en el imperio de la ley y la existencia de un Estado, que también está sujeto a la ley. La igualdad jurídica afecta tanto a los gobernantes como a los gobernados «Cuando un rey se ha destronado a sí mismo y ha propiciado un estado de guerra contra su propia gente», escribió John Locke, «¿qué les impide perseguir a aquel que es rey, como harían con cualquier otro hombre que hubiera iniciado un estado de guerra contra ellos?»<sup>2</sup>.

En ese momento la sociedad civil era

lo mismo que el Estado. Una sociedad civil era más o menos igual que una sociedad política. No se la comparaba con el Estado, sino con otros tipos de sociedad, los imperios despóticos, por ejemplo, o el estado de naturaleza. En concreto, una sociedad civil era una sociedad pacífica, que además trataba a los extranjeros civilizadamente, en contraste con otras sociedades violentas y «groseras»; una sociedad en la que el miedo y las supersticiones daban paso a la razón y la deliberación.

Los pensadores de la Ilustración escocesa contribuyeron a enriquecer el concepto con su énfasis en la sociedad comercial. Consideraban que el mercado era la condición necesaria para el individualismo y la existencia de la sociedad civil. Pero todavía entendían la sociedad civil en prácticamente los mismos términos: una sociedad gobernada por normas basadas en el consentimiento de los individuos, a diferencia del estado de naturaleza, en el que las normas se imponían a través de la coerción<sup>3</sup>.

En el siglo XIX el concepto de sociedad

civil cambió de significado y pasó a ser considerado algo distinto del Estado. En vez de oponerse al estado de naturaleza, se opuso al Estado a secas. Hegel fue el primero en utilizar así el concepto. El filósofo alemán, fuertemente influido por los economistas políticos escoceses, definió la sociedad civil como «el espacio de la diferencia, a mitad de camino entre la familia y el Estado»<sup>4</sup>. Dicho de otra forma, la sociedad civil equivalía a la economía. Hegel usaba el término «sociedad burguesa» (*Bürgerliche Gesellschaft*) y éste fue el que recogió Marx y los pensadores del siglo XIX que le siguieron. Para Hegel, en una de sus expresiones más conocidas, la sociedad civil era «el logro del mundo contemporáneo [...] el espacio de mediación donde hay libertad de acción para toda idiosincrasia, todo talento, todo accidente de nacimiento o de fortuna, y donde las olas de la pasión emergen con fuerza, reguladas sólo por la razón, que se vislumbra entre ellas»<sup>5</sup>. Hegel veía al Estado como un mediador, resolviendo los conflic-

<sup>2</sup> Citado en Goldwin, Robert A., «John Locke», en Leo Strauss y Joseph Crossley (eds.), *History of Political Philosophy*, 3.ª edición, University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1987, pág. 507.

<sup>3</sup> Vid. Ferguson, Adam, *An Essay on the History of Civil Society* (primera edición de 1767). Cambridge University Press, Cambridge, 1995.

<sup>4</sup> Hegel, G. W. F., *The Philosophy of Right*, (primera edición de 1820), traducido por S. W. Dyde, primera edición en inglés de 1896, Prometheus Books, Londres, 1996, págs. 185-186.

<sup>5</sup> *Ibid.*

tos de la sociedad civil; los funcionarios del Estado eran la «clase universal» y actuaban en nombre del interés general<sup>6</sup>.

En el siglo XX, el contenido del concepto se ha reducido otra vez, ahora a las formas de interacción social independientes tanto del Estado como del mercado, siguiendo las influyentes ideas de Antonio Gramsci. Desde la cárcel, Gramsci cuestionó el economicismo de la definición marxista de la sociedad civil. En su opinión, no es la «estructura económica» como tal la que controla la acción política, sino «su interpretación». Así, el «teatro de la historia» no es la historia del desarrollo económico; se trata en cambio de la historia de las luchas ideológicas y culturales. El pensador italiano trazó una importante distinción entre coerción y consentimiento, dominación y hegemonía. La sociedad burguesa había establecido un poderoso conjunto de normas e instituciones para mantener la hegemonía de la dominación de la burguesía basada en el consentimiento de las clases trabajadoras. Mientras que el capitalismo fue derribado en Rusia a través de la captura del Estado, esto no era posible en Occidente, donde «había una relación adecuada entre el Estado y la sociedad civil, y cuando el Estado temblaba, una resistente estructura de la sociedad civil aparecía de inmediato»<sup>7</sup>. Por tanto, Gramsci enfatizaría la necesidad del activismo político en las áreas de la educación, los medios de comunicación y demás instituciones de la sociedad civil.

En todas estas distintas definiciones, en mi opinión, habría un núcleo común. La sociedad civil tendría que ver de algún modo con una sociedad gobernada por leyes en la que la ley estuviera basada en el consentimiento de los ciudadanos. También tendría algo que ver con la noción de un contrato social, por vaga que fuera la definición de éste, en el que los individuos tendrían la posibilidad de negociar, luchar por y discutir acerca de los términos bajo

<sup>6</sup> Sin embargo, a diferencia de Hegel, Marx y Engels opinaban que el Estado estaba subordinado a la sociedad civil: el Estado era un instrumento o aparato al servicio de las clases dominantes. La sociedad civil era el «teatro de la historia [...] la sociedad civil abarca todas las relaciones materiales de los individuos en una etapa concreta del desarrollo de las fuerzas productivas. Abarca toda la vida comercial e industrial de cada etapa concreta y, por tanto, trasciende el Estado y la nación, aunque, por otro lado también, debe afirmarse a sí misma en sus relaciones exteriores como un país, y hacia dentro debe organizarse como un Estado». Citado en Norberto Bobbio, «Gramsci y el concepto de la sociedad civil», en John Keane *La sociedad civil y el Estado*, Verso, Londres, 1987, pág. 82.

<sup>7</sup> Citado en Ehrenberg, John, *Civil Society: The Critical History of an Idea*, New York University Press, Nueva York y Londres, 1999, pág. 209.

los que son gobernados. Así que la sociedad civil acabó siendo considerada como el medio por el que se generaba el consenso o se negociaba el contrato social. Es decir, la sociedad civil está compuesta por aquellas organizaciones intermedias a través de las cuales, como decía Hegel, lo particular se reconciliaba con lo universal y el individuo podía convertirse en un actor en la arena pública.

Estas definiciones cambiantes de la sociedad civil estaban relacionadas con las distintas formas de la autoridad política y el diferente contenido del consentimiento, la naturaleza cambiante del contrato social. En el siglo XVII y a comienzos del XVIII, cuando la principal demanda era una sociedad gobernada por normas que garantizara la seguridad privada, y a medida que las monarquías absolutas iban dando paso a formas de gobierno republicanas (aunque, como ocurriera en Holanda y en el Reino Unido, preservaran la figura del monarca), la sociedad civil era un término equivalente al Estado y distinto de las sociedades no civiles: los imperios o los Estados anárquicos. Con el desarrollo del Estado-nación y la creciente demanda de derechos políticos además de civiles, de democracia y del control del gobierno por los ciudadanos, la sociedad civil se diferenció del Estado y se identificó con las nuevas clases capitalistas que pedían acceso a los centros políticos de decisión. En el siglo XX, cuando las demandas abarcaron también derechos sociales y económicos, y cuando los movimientos obreros se convirtieron en un componente muy importante de la contienda política, la sociedad civil fue redefinida para excluir también al sector privado.

Lo que todos estos significados comparten, sin embargo, además de la noción de generar consentimiento, es el carácter limitado de la sociedad civil. Para empezar, como dije antes, la sociedad civil prácticamente sólo existía en el noroeste de Europa y en América del Norte. Siempre estaba contrapuesta a otras sociedades «inciviles», los imperios orientales, por ejemplo, o los «salvajes» americanos. Y también se contraponía a la guerra. Muchos teóricos de la sociedad civil opinaban que el individualismo que acompañaba al desarrollo de la sociedad de mercado podía conducir a la anomia, a la privacidad y la apatía, sin la disciplina de la guerra ni el espíritu público que genera el patriotismo. Esto era especialmente importante para Hegel, que pensaba que era necesaria para preservar «la salud ética de la gente [...]». Al igual que el movimiento del océano impide la corrupción que causaría una calma perpetua, gracias a

la guerra la gente escapa a la corrupción que causaría una paz continua o permanente». Hegel considera que «el sacrificio en nombre de la individualidad del Estado es la relación sustantiva de todos los ciudadanos y es, por tanto, una obligación universal»<sup>8</sup>. Ciertamente se podría decir que esta idea de que la predisposición a morir en la guerra es una obligación «sustantiva» de los ciudadanos ha pasado a formar parte del contrato social. Los ciudadanos obtuvieron derechos individuales en tiempo de paz a cambio de su disposición para formar parte de un colectivo en tiempo de guerra.

Charles Tilly cree que ésta es la razón por la que la guerra jugó un papel tan importante en la formación de los Estados europeos. En los Estados del noroeste de Europa, de capital intensivo y no de coerción intensiva, los monarcas tenían que negociar para lograr una movilización bélica, así que cada guerra traía mayores derechos y una extensión de la Administración<sup>9</sup>. A medida que la guerra iba siendo más destructiva se obtenían más derechos. Se podría decir que la guerra fría supuso la extensión definitiva del trato: se lograron los derechos sociales y económicos a cambio de estar dispuestos a morir en una guerra nuclear. Con la llegada del sistema de «bloques», la sociedad civil se extendió para incluir a grupos de países y apareció un nuevo «otro» incivil, en forma de bloque, el bloque comunista o soviético.

Claro que hay otra tradición teórica. Pensadores como Rousseau o Kant pensaban que la sociedad civil sólo podía perfeccionarse en el contexto de una paz perpetua. Veían la guerra como un modo de limitar los derechos, una manera que tenían los tiranos y los dictadores de ampliar sus poderes internos. Kant opinaba que la guerra era cara, destructiva e incierta. «El problema de instaurar una sociedad civil perfecta», decía, «está subordinado al problema de unas relaciones exteriores con otros Estados sujetas a leyes y no puede ser resuelto sin resolver este último»<sup>10</sup>.

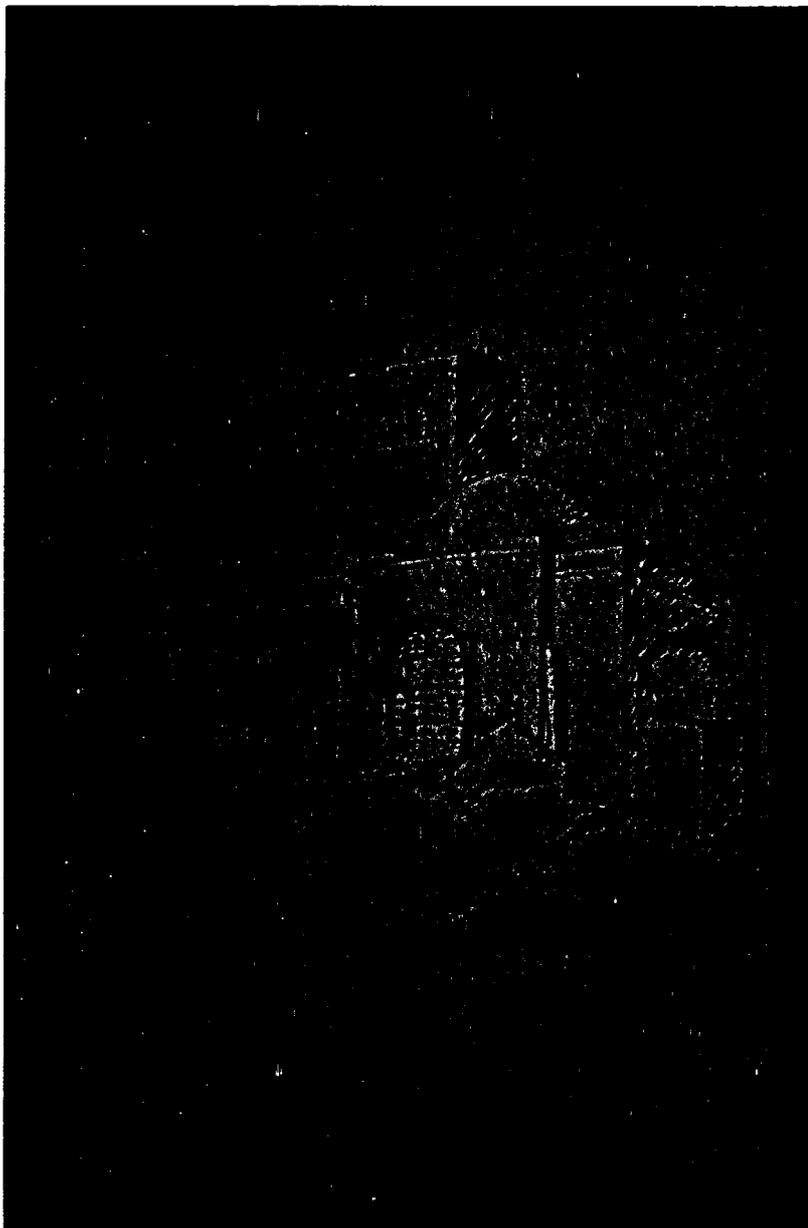
#### Vaciando el pacto nacional

¿Qué ha cambiado a finales del siglo XX? Dos acontecimientos son de singular importancia. Uno es la desterritorialización de la sociedad civil, el fin de la distinción entre

<sup>8</sup> Hegel, G. W. F. *op. cit.*, pág. 331 y 334.

<sup>9</sup> Vid. Tilly, Charles, *Coercion, Capital and European States, AD 990-1992*, Blackwell, Oxford, 1992.

<sup>10</sup> Kant, Immanuel «Idea for a Universal History with a Cosmopolitan Purpose», en *Political Writings*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991, pág. 47. [Trad. esp. de Roberto Rodríguez Aramayo, *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita*, Tecnos, Madrid, 1987].



«nosotros» y el «otro». Como dice Ulrich Beck: «Las categorías que enmarcan la sociedad mundial, la distinción entre países muy desarrollados y subdesarrollados, entre tradición y modernidad, se están fundiendo. En el paradigma cosmopolita de la segunda modernidad, las sociedades no occidentales comparten el mismo horizonte espacial y temporal que Occidente».<sup>11</sup> El segundo es el rechazo, al menos en Europa y en América del Norte, a morir en una guerra.

La existencia histórica del «otro» puede ser vista como una consecuencia

del carácter limitado de la sociedad civil. En parte se trataba de una cuestión de percepción, de cómo se describía al «otro». La mayor parte de los teóricos de la sociedad civil tenían una visión teleológica de la historia, en la que la sociedad civil era la culminación del progreso histórico (o, en el caso de Marx, una estación de paso en la evolución de la sociedad). De este modo las naciones «bárbaras» o «groseras» de África o América del Norte, o los imperios absolutistas de Rusia o de India, eran consideradas sociedades «atrasadas», que no habían alcanzado todavía la etapa de la sociedad civil. Términos como «orientalismo» expresaban esta construcción del «otro».

Pero esta construcción no sólo era una cuestión de percepción, de cómo se

describía a otras sociedades. Se trataba también de que los avances del así llamado «mundo civilizado» se lograban a costa de pérdidas en otros sitios. El dinamismo de las nuevas sociedades de mercado provocó profundos cambios a escala global. El resto del mundo tuvo que competir con ellas, aislarse o ser colonizado y explotado. Y todas estas respuestas tendieron a significar un aumento de la coerción, una superexplotación. La segunda servidumbre en Europa oriental, la introducción o la ampliación de la esclavitud en América del Norte y África, la imposición de la ley «tribal» o «tradicional» en India o África son ejemplos de las maneras en que las sociedades «inciviles» fueron creadas como realidades, además de como imágenes.

No es de extrañar que la reinención de la sociedad civil ocurriera simultáneamente en los años setenta y ochenta en América Latina y en Europa oriental, con muy poca comunicación entre ambas, por lo que yo sé. Las sociedades de las dos regiones pueden ser entendidas como construcciones del contrato de la guerra fría. Las sociedades latinoamericanas estaban caracterizadas por brutales dictaduras militares, justificadas en nombre de doctrinas de seguridad nacional y la lucha anticomunista de la guerra fría. En Europa oriental la norma eran economías de guerra, descritas como socialistas pero aun así fuertemente militarizadas, organizadas de acuerdo a las formas de movilización bélicas bajo la excusa de la necesidad de defender el mundo socialista del capitalismo y el imperialismo. Así la reinención de la sociedad civil expresó tanto un rechazo a la guerra como la superación de la distancia entre «nosotros» y el «otro».

La reinención de la sociedad civil ha sido interpretada generalmente como una reacción al Estado sobreprotector. En las dos regiones, el énfasis estuvo en la creación de espacios autónomos, en la autoorganización, en la retirada del Estado. En las dos regiones los intelectuales hablaban de «islas de compromiso cívico» o de «islas de esperanza», de política apolítica o de antipolítica. Y estos conceptos también parecían expresar algunas de las perspectivas adoptadas por los movimientos posteriores a 1968 en otras partes del mundo. A menudo se pasa por encima, sin embargo, de la medida en que estas nuevas ideas no se referían sólo a la reducción de la vigilancia del Estado ni a desgastar el omnipresente control de Estados orientados a la guerra. También

<sup>11</sup> Beck, Ulrich, «The Cosmopolitan Perspective: Sociology in the Second Age of Modernity», en el *British Journal of Sociology*, vol. 15, núm. 1 enero-marzo de 2000.

versaban sobre la construcción de lo global. Fueron capaces de crear espacios autónomos en sus sociedades gracias a su creciente interconexión. El elemento internacional fue crucial para su éxito. Para los latinoamericanos fue el apoyo de las asociaciones pro derechos humanos en Europa y América del Norte y su capacidad de influir en la legislación estadounidense en defensa de esos derechos. Para los de Europa del este fue su conexión con los movimientos pacifistas de Europa occidental y el Acuerdo de Helsinki, que pudieron usar como un arma política.

De nuevo, se trataba tanto de una percepción como de la realidad. Los intelectuales de Europa del este en especial creían que sus ideas no eran sólo aplicables a las sociedades totalitarias. Al contrario, consideraban que podían entender las tendencias globales de modo más claro que sus colegas occidentales porque no estaban bajo las ilusiones de la sociedad civil occidental.

«El sistema post-totalitario», escribió Havel, «es sólo un aspecto, un aspecto especialmente drástico y por ello tanto más revelador de sus orígenes reales, de la incapacidad general de la humanidad moderna de controlar su propia situación. El automatismo del sistema post-totalitario es tan sólo una versión extrema del automatismo global de la civilización tecnológica. El fracaso humano que refleja es sólo una variante del fracaso general de la humanidad [...]. Parece que las democracias parlamentarias tradicionales tampoco pueden plantar cara al automatismo de la civilización tecnológica y la sociedad industrial de consumo, ya que también están siendo arrastradas por la corriente. La gente es manipulada de modo mucho más sutil y refinado que con los métodos brutales usados en las sociedades post-totalitarias [...]. En una democracia los seres humanos pueden disfrutar de numerosos derechos y garantías que nos son desconocidos, pero al final no les sirven de nada ya que ellos también acaban siendo víctimas del mismo automatismo y son incapaces de defender sus convicciones sobre su identidad o de impedir su superficialización, o de trascender la preocupación por su propia supervivencia para convertirse en miembros orgullosos y responsables de la polis, haciendo una contribución genuina a la formación de su destino»<sup>12</sup>.

En Hungría, el escritor Georgy Konrad expresó una opinión similar, al decir que la humanidad afrontaba el riesgo de un «Auschwitz global»; la noción de sociedad civil era la alternativa a la guerra nuclear, la antítesis de una sociedad militarizada.

Estas ideas hallaron eco en Occiden-

te. La aparición de un movimiento pacifista durante la guerra de Vietnam y más tarde en los años ochenta como respuesta a los intentos de desplegar una nueva generación de armas nucleares supuso un rechazo al deber de estar dispuesto a morir por el país o el bloque. En los años ochenta, una parte del movimiento pacifista comprendió que su tarea no sólo consistía en oponerse a la guerra y a las armas sino también en deconstruir la imagen del «otro»; de ahí los contactos con los disidentes de Europa del este. Por tanto, la importancia de la democratización de América Latina y de 1989 no estaba sólo relacionada con el éxito de la sociedad civil; también se trataba del fin de la guerra como un instrumento de la política estatal y el hundimiento de las distinciones territoriales entre «nosotros» y el «otro».

Hoy en día sociedades civiles e «inciviles» coexisten unas junto a otras en el mismo territorio. Ya no hay una parte civil del mundo y otra incivil. Algunas partes son más inciviles, es decir territorios sin ley o más coercitivos, como Afganistán o Somalia, por ejemplo, y otras partes más civiles. Pero siempre es posible encontrar rincones donde existe la sociedad, islas de esperanza, por todo el mundo, individuos y grupos que defienden el derecho internacional y los valores humanos. Y siempre es posible encontrar elemento inciviles, como grupos antiinmigración, bandas étnicas o fundamentalistas religiosos en lo que se supone que son sociedades civiles.

#### Guerras en red

El final de la guerra fría probablemente supuso el final de las guerras modernas, guerras entre Estados o grupos de Estados, como las guerras mundiales o la misma guerra fría, en las que el objetivo, como dijo Clausewitz, era «forzar a un enemigo a que cumpliera nuestra voluntad», y que tenían una función de construcción de Estado. La victoria en ese tipo de conflicto en la actualidad sólo se puede conseguir a costa de una inmensa destrucción, destrucción de tal magnitud que ya no es tolerable para una sociedad civil. Esto no significa, sin embargo, el fin de la guerra. La guerra sigue siendo una herramienta de los tiranos y los extremistas, una manera de limitar la sociedad civil y reconquistar territorio, pero en modos muy novedosos.

Lo que ha ocurrido desde el final de la guerra fría no ha sido sólo una reducción de las fuerzas armadas sino la rees-

tructuración y la diversificación de sus tipos. Hay un paralelismo con el periodo premoderno, que también se caracterizó por la diversidad de los tipos de fuerzas armadas: levas feudales, milicias ciudadanas, mercenarios o piratas, por ejemplo; y por la correspondiente variedad de tipos de conflictos. A continuación voy a describir tres tipos principales de conflictos y demostrar cómo están relacionados con distintos modelos de transformación estatales. Son, por supuesto, tipos de conflictos que se superponen e interactúan, como explicaré.

El primer tipo se podría describir como «guerra en red», redes armadas de actores estatales y no estatales. Incluyen grupos paramilitares organizados alrededor de un líder carismático, señores de la guerra que controlan territorios concretos, células terroristas, voluntarios fanáticos como los mujahidines, organizaciones criminales, unidades de fuerzas regulares u otros cuerpos de seguridad estatal, así como mercenarios y compañías militares privadas. El tipo de guerra que libran estas redes pertenece a lo que yo llamo «nuevas guerras»<sup>13</sup>. Las nuevas guerras no son completamente nuevas, claro. Tal y como las describo, aparecieron antes del fin de la guerra fría sobre todo en África. Es más, surgieron a partir de las guerras de guerrillas y de contrainsurgencia de periodos anteriores. Este tipo de conflicto se hizo más visible gracias al fin de la guerra fría, pero también porque su número ha aumentado considerablemente durante este periodo y, lo que es más importante, porque hubo un fuerte aumento del sufrimiento de la población civil, medido por la proporción de bajas civiles a militares y por el número de desplazados<sup>14</sup>.

Las nuevas guerras, que ocurren en los Balcanes, en África, en Asia Central y en otros lugares a veces son denominadas guerras internas o guerras civiles, para diferenciarlas de las guerras entre Estados, al estilo de Clausewitz. Esa terminología no me parece apropiada por varios motivos. En primer lugar, las redes son transfronterizas. Una de las características más típicas de las nuevas guerras es el papel vital que juegan las diásporas, tanto lejanas (trabajadores sudaneses o palestinos en los países del golfo Pérsico, emigrantes de la antigua Yugoslavia en Europa occidental,

<sup>13</sup> Kaldor, Mary, *New and Old Wars: Organised Violence in a Global Era*, Polity Press, Cambridge, 1999. (Trad. esp., *Las nuevas guerras*, Tusquets, Barcelona, 2001.)

<sup>14</sup> *Id.*

<sup>12</sup> Vaclav Havel, *op. cit.*, págs. 90-91.

comunidades inmigrantes en los jóvenes países multirraciales como Estados Unidos, Canadá o Australia) como vecinas (los serbios en Croacia y Bosnia, los tutsis en Burundi o en la República Democrática del Congo). En segundo lugar, las guerras involucran a un amplio abanico de actores internacionales, mercenarios y voluntarios extranjeros, simpatizantes de la diáspora o Estados colindantes, por no mencionar a los actores humanitarios como las agencias de ayuda, las ONG o los periodistas. En tercer lugar, y fundamentalmente, las nuevas guerras tienden a concentrarse en lugares en donde el Estado moderno está descomponiéndose y en donde las distinciones entre interno y externo, público y privado han dejado de tener el sentido normal. Estas áreas se caracterizan por lo que llamamos Estados frágiles o Estados fallidos, quasi-Estados o Estados fantasma. Son Estados formalmente reconocidos por la comunidad internacional, con algunas de las características de un Estado, un aparato administrativo incompleto, una bandera y a veces una moneda, pero que carece del control del territorio y en los que el acceso al aparato estatal se basa en el beneficio privado y no en el interés público. En concreto, son Estados en los que el monopolio legítimo de la violencia organizada está siendo socavado.

Por lo general, se trata de Estados previamente cerrados y de carácter autoritario, cuyas estructuras apenas pueden resistir el impacto de abrirse (tanto económica como socialmente) al mundo exterior. En muchas de las áreas en que tienen lugar las nuevas guerras, se puede observar un proceso que es casi el inverso a aquel por el que se formaron los Estados modernos según Tilly: deterioro de la administración pública, privatización, colapso más que vaciamiento de cualquier pacto nacional. Por supuesto que las redes que participan en estas guerras no están todas en estos Estados fallidos. Tienen nodos en los países desarrollados, y en los centros urbanos de Occidente se pueden ver guerras de bandas que reúnen muchas de las características de las nuevas guerras. Pero es en esos Estados donde está el terreno más fértil para este tipo de red.

Dado que las redes son coaliciones laxas y horizontales, a diferencia de las estructuras verticales y disciplinadas de los ejércitos del pasado, una narrativa común, a menudo basada en una identidad compartida, étnica o religiosa, juega un importante papel organizador. Lo que mantiene unidas a estas redes bélicas es,

por lo general, una ideología política extremista unida a los movimientos nacionalistas y religiosos.

En estas nuevas guerras, la guerra es en sí misma una forma de movilización política. En las guerras tradicionales de la modernidad, el objetivo era la captura del territorio y la victoria en enfrentamientos directos, en batallas. La gente era movilizada para que participara en el esfuerzo bélico, para unirse al Ejército o para fabricar armamento o uniformes. En las nuevas guerras la movilización de la gente es el objetivo del esfuerzo bélico: el fin de la violencia no se dirige tanto hacia el enemigo como hacia la expansión de la propia red extremista. Generalmente el objetivo es controlar el territorio por medios políticos, y los medios militares se usan para matar, expulsar o silenciar a quienes puedan obstaculizar ese control. Éste es el motivo por el que las partes en conflicto utilizan técnicas de terror, limpieza étnica o genocidio como estrategias bélicas conscientes. En las nuevas guerras las batallas son la excepción y la violencia se dirige contra los civiles. Las violaciones de los derechos humanos y del derecho humanitario no son una consecuencia indirecta de la guerra sino el instrumento básico de las nuevas guerras. Más del 90% de las bajas en estos conflictos son civiles, y la cantidad de refugiados y desplazados por cada conflicto ha aumentado sin cesar.

La estrategia consiste en lograr el poder político a través de la siembra del miedo y el odio para crear un clima de terror, eliminar las voces moderadas y derrotar a la tolerancia. Las ideologías políticas del nacionalismo excluyente y el comunismo religioso se generan por la violencia. Por lo general se da por hecho que estas ideologías extremistas basadas en identidades excluyentes (el nacionalismo serbio o el fundamentalismo islámico, por ejemplo) provocan guerras. Sin embargo, la expansión y la fuerza de estas ideologías son más bien una consecuencia de la guerra. «La guerra tenía que ser tan sangrienta», dicen los bosnios, «porque no nos odiábamos entre nosotros, teníamos que aprender a odiarnos».

Las nuevas guerras generan un modelo económico muy concreto. Por decirlo de otro modo, estas guerras aceleran el proceso de descomposición arriba descrito y no estimulan un mercado capitalista sino un nuevo modelo regulado informalmente y basado en la violencia. Porque estas redes florecen en Estados en los que los sistemas fiscales se han hundido y en los que apenas se crea riqueza; y en los que

además la guerra destruye las infraestructuras físicas, impide el comercio y crea un ambiente de inseguridad que hace la inversión imposible. Así que tienen que buscar formas alternativas de financiación, a menudo basadas en la extorsión. Consiguen dinero con robos y saqueos, con el comercio ilegal de drogas, inmigrantes ilegales, alcohol y tabaco, con «impuestos» que cobran a las organizaciones humanitarias, con la ayuda de países que simpatizan con ellos y con los envíos de los miembros de las redes en el extranjero. Todas estas actividades económicas son parasitarias y necesitan la existencia de una atmósfera de inseguridad. De hecho, las nuevas guerras se pueden describir como la actividad central de la economía globalizada informal o sumergida: la economía internacional criminal o semilegal que es la cara oculta de la globalización.

La conclusión lógica que se puede sacar de estar tres características es que es muy difícil tanto aislar como acabar con las nuevas guerras. Se expanden a través de los refugiados y los desplazados, de las redes criminales y de los virus extremistas que segregan. Podemos ver núcleos crecientes de guerra en África, Oriente medio, Asia central y el Cáucaso. Las guerras representan una derrota para la democracia, y cada estallido bélico refuerza a quienes tienen un interés político y económico en que continúe la violencia. Son guerras en las que no hay un vencedor ni un perdedor claro, ya que las partes en conflicto sólo se sostienen política y económicamente gracias a la violencia. Las guerras destruyen lo que queda de las actividades productivas, socavan la legitimidad y fomentan la delincuencia. Las áreas en que la violencia ha durado más tiempo han generado culturas de la violencia, como la *jihad* enseñada en las escuelas religiosas de Afganistán o Pakistán, o entre los tamiles de Sri Lanka, donde se enseña a los niños a ser mártires y donde matar es visto como una ofrenda a Dios, o como una combinación de violencia y magia, como es el caso en África.

#### Guerras espectáculo

Un segundo tipo de guerra es lo que yo llamo «guerra espectáculo»<sup>15</sup>. La guerra espectáculo se lleva a cabo principalmente por los Estados Unidos, aunque la guerra de las Malvinas es un buen ejemplo con protagonismo británico. La guerra espectáculo implica guerra a larga distancia,

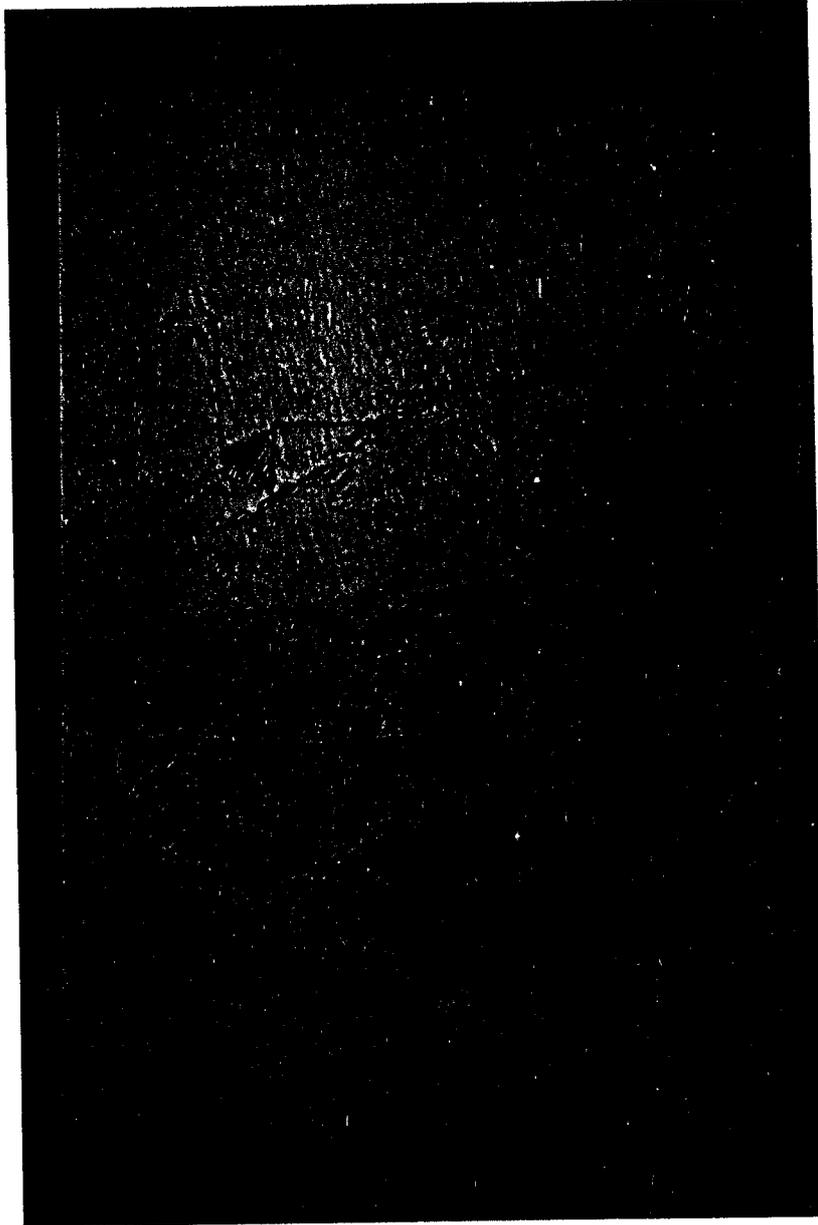
<sup>15</sup> Referencia a Michael Mann.

utilización de aviones ultramodernos y tecnología de misiles o, para prevenir bajas en las filas propias, guerra «por poderes», como la del Ejército de Liberación de Kosovo (ELK) en Kosovo o la Alianza del Norte en Afganistán. La guerra espectáculo es el modo en que las estructuras heredadas de la guerra fría retienen su poder en un contexto en el que los ciudadanos americanos ya no aceptan las condiciones del anterior pacto: la disponibilidad a morir en la guerra.

La guerra del Golfo es un buen modelo para lo que llamamos guerra espectáculo. Pareció demostrar que la teoría de que este tipo de guerra de alta tecnología se podía usar contra los «Estados canalla» que patrocinaran el terrorismo. La misma estrategia se usó contra Irak en diciembre de 1998, en Yugoslavia en 1999 y ahora en Afganistán. El motivo radica en que satisface una confluencia de intereses: las necesidades de los científicos, los ingenieros y las empresas que proporcionan la infraestructura del poderío militar estadounidense. Permite la continuidad de la guerra imaginaria característica de la guerra fría desde la perspectiva americana. No implica bajas americanas y puede ser visto por televisión y demostrar la firmeza y el poder del gobierno de los Estados Unidos de América. Es este carácter imaginario desde una perspectiva estadounidense lo que explica la famosa sentencia de Jean Baudrillard de que «la guerra del Golfo no ha tenido lugar».

El proyecto de la Defensa Nacional de Misiles (DNM) ha de ser entendido en la misma línea. Aun cuando el sistema no funciona, proporciona una protección imaginaria al país que permite que Estados Unidos participe en guerras sin sufrir bajas ni temer represalias. Esta noción se deduce claramente del modo en que Donald Rumsfeld, el secretario de Defensa estadounidense, habla de cómo la DNM mejorará la disuasión a través de una combinación de medidas defensivas y ofensivas. La debilidad de la disuasión fue siempre una cuestión de credibilidad a la hora de poder responder a un ataque, un problema que conduce a la acumulación de cada vez más armas nucleares utilizables. Con la guerra sin bajas, la credibilidad de la acción militar de Estados Unidos es más convincente; no por nada se dice que el ataque contra las Torres Gemelas fue equivalente al uso de un arma nuclear subestratégica. La DNM, al menos psicológicamente, amplía las posibilidades de la guerra sin bajas.

Sin embargo, desde el punto de vista



de las víctimas estas guerras son muy reales y no demasiado distintas de las nuevas guerras. Por muy precisos que sean los ataques, es imposible evitar «errores» o «daños colaterales». Las bajas civiles no son más aceptables por saber que fueron involuntarias. Es más, la destrucción de las infraestructuras físicas y el apoyo a una de las partes en conflicto, como ocurre con la guerra «por poderes», causa muchas más bajas indirectas. En el caso de la guerra del Golfo las bajas directas iraquíes probablemente alcanzaron las decenas de miles, pero la destrucción de infraestructuras y las guerras sucesivas con los kurdos y los chiítas causaron cientos de miles de bajas adicionales y afianzaron el régimen corrupto y peligroso de Sadam Hussein. En la guerra de Afganistán probable-

mente hubo miles de bajas, tanto civiles como militares, además de miles de personas que abandonaron sus hogares. Lejos de incrementar el entusiasmo por los valores democráticos, la guerra sin bajas demuestra que una vida estadounidense vale mucho más que cualquier otra y contribuye a la percepción de Estados Unidos como un matón global.

Términos como el de imperialismo son, sin embargo, equivocados. Estados Unidos se define mejor no como un poder imperial, sino como «el último Estado-nación» o, en palabras de Javier Solana, Alto Representante de la Unión Europea para la Política Exterior y de Seguridad Común, un «unilateralista global». Es el único país, en este mundo globalizado, que todavía tiene la capacidad

de actuar unilateralmente. Su comportamiento responde más a la preocupación sobre su opinión pública interna que a consideraciones imperiales. La guerra sin bajas también es, en cierto sentido, una forma de movilización política. Se trata más de satisfacer las demandas de varios grupos internos que de influir en el resto del mundo, aunque semejantes intervenciones tengan un fuerte impacto sobre todos los demás. El objetivo político es la popularidad interna y la credibilidad.

### Guerra neomoderna

El tercer tipo de guerra puede ser descrito como «guerra neomoderna». Con ello nos referimos a la evolución de las fuerzas armadas clásicas en los grandes países en transición. Estos países están experimentando una transición desde economías centralizadas a sistemas más abiertos al exterior y orientados al mercado que, sin embargo, son lo suficientemente grandes como para mantener un sector público considerable e impedir la descomposición. Los ejemplos típicos son Rusia, China y la India. Carecen del tamaño suficiente como para desafiar a Estados Unidos y se ven constreñidos por muchos de los imperativos de la globalización, sujetos a muchas de las presiones que padecen Estados débiles o fallidos. Tienden a adoptar ideologías extremas que se parecen a las de las nuevas guerras (el chovinismo ruso o indio, por ejemplo). Y a menudo hay vínculos directos e incluso cooperación con las redes más turbias, sobre todo en Rusia. Israel probablemente debería ser incluido en esta categoría, aunque su capacidad de mantener un sector militar considerable se debe menos a su tamaño que a su dependencia de Estados Unidos.

Estos países han mantenido su poderío militar, incluyendo armas nucleares. En el caso de India ha habido un marcado aumento del gasto militar durante los años noventa y se podría decir que el término «carrera armamentística» es aplicable a lo que ha ocurrido entre India y Pakistán, sobre todo a partir de las pruebas nucleares de 1998. Sin embargo, Pakistán estaría más cerca de las redes de las nuevas guerras, con sus lazos con los militantes radicales de Cachemira y Afganistán; es decir, que estaría en algún punto entre la guerra de redes y la guerra neomoderna, como ocurrió con Serbia durante las guerras de la antigua Yugoslavia. En el caso ruso, hubo una drástica reducción del gasto militar tras la desaparición de la URSS y una gran crisis del complejo in-

dustrial-militar. Pero las presiones para aumentar ese gasto han crecido y las necesidades de la guerra en Chechenia está conduciendo a una reevaluación de la importancia del armamento convencional frente al nuclear. De hecho se espera que las reducciones de armamento nuclear pactadas entre Bush y Putin liberen fondos para mejoras en el armamento convencional. China también ha entrado en una etapa de expansión militar, sobre todo desde 1998, cuando se prohibió a los militares que participaran en actividades comerciales. Dadas las reducciones en la capacidad nuclear rusa y la nueva generación de sistemas chinos, China cada vez parecerá más un rival de Rusia, en especial en el terreno nuclear.

La guerra neomoderna consiste en conflictos limitados entre Estados o en contrainsurgencia. Estos Estados conciben la guerra en términos clásicos, según el modelo de Clausewitz. Practican la contrainsurgencia para derrotar a redes extremistas, como es el caso en Chechenia o en Cachemira. O se preparan para defender sus fronteras frente a otros Estados, como ocurrió con la guerra de Kargil, entre India y Pakistán en 1998. A diferencia de Estados Unidos, estos países están dispuestos a sufrir bajas: en el caso de Chechenia las bajas rusas han sido muy altas. Las tácticas normales usadas contra las redes son los bombardeos desde tanques, helicópteros o artillería pesada, así como el desplazamiento de la población para «limpiar» áreas de extremistas o terroristas. Las consecuencias para la sociedad civil son por tanto muy similares a las de las nuevas guerras. Sin embargo, precisamente debido al creciente poder destructivo de todo tipo de armas, lograr la victoria frente a un enemigo armado es muy difícil. Grozny ha sido reducida a escombros pero la resistencia continúa. En el caso de India y Pakistán hay una posibilidad real de guerra nuclear que provocaría literalmente millones de bajas pero no una victoria decisiva.

Las redes han comprendido que no pueden tomar territorio militarmente; sólo lo pueden hacer por medios políticos y el objetivo de la violencia es apoyar esos medios. Los países implicados en guerras neomodernas todavía creen en la ficción de que pueden ganar militarmente. La consecuencia es, o bien limitaciones autoimpuestas, como en el caso de guerras entre Estados, o bien la exacerbación de nuevas guerras, como ocurre en Cachemira, Palestina o Chechenia, lugares donde la contrainsurgencia sólo contribuye al

proceso de polarización política del miedo y el odio. Dicho de otro modo, la utilidad de la fuerza militar moderna, la capacidad de «forzar a un enemigo a que cumpliera nuestra voluntad», está en duda hoy en día.

Así se puede concluir que los tres tipos de fuerzas armadas (las redes, las nuevas fuerzas armadas estadounidenses y los ejércitos neomodernos) libran guerras con consecuencias muy similares: sufrimiento indiscriminado para los civiles (aunque los estadounidenses digan que su mayor precisión y capacidad de discriminación minimice dicho sufrimiento). Ninguno de estos tipos de guerras es capaz de resolver conflictos. Los estadounidenses consiguieron liberar Kosovo y derrocar el régimen talibán en Afganistán, pero fueron circunstancias muy especiales en las que se hizo un esfuerzo extraordinario y muy oneroso contra enemigos bastante débiles y que dejaron muchas cuestiones sin resolver. Una guerra entre India y Pakistán podría muy bien ser una terrible combinación de los tres tipos de guerra: la guerra de redes de Pakistán y los extremistas islámicos, el militarismo neomoderno de India, y ambas recubiertas por una capa de guerra espectáculo incluyendo misiles con cabezas nucleares. Lo que todas estas guerras logran, en cualquier caso, es reforzar a los extremistas en todos los bandos, debilitar a la sociedad civil y crear una economía criminalizada. Hoy en día, por tanto, la atención de quienes se preocupan por este sufrimiento ha de estar dirigido directamente a cómo controlar la guerra.

### ¿Hacia una sociedad civil global?

Quizás la aproximación más esperanzadora al problema contemporáneo de controlar la guerra es la que parte de la extensión y la aplicación del derecho humanitario internacional (las «leyes de la guerra») y de los derechos humanos. Durante los años noventa se otorgó una relevancia mucho mayor a las normas humanitarias, es decir, a la noción de que la comunidad internacional tiene el deber de impedir genocidios, violaciones del derecho humanitario (crímenes de guerra) y las violaciones masivas de derechos humanos (crímenes contra la humanidad). La idea de no respetar la soberanía nacional en el caso de las crisis humanitarias pasó a ser aceptado de forma mucho más amplia. El establecimiento de los tribunales de Ruanda y de Yugoslavia prepararon el terreno para la creación de un Tribunal Penal Internacional. Los casos de Pino-

chet y Ariel Sharon eliminaron el principio de la inmunidad de Estado.

El derecho humanitario no es, por supuesto, algo nuevo. Sus orígenes están en la codificación de las «leyes de la guerra» a finales del siglo XIX, bajo los auspicios de la Cruz Roja Internacional, especialmente. El objetivo era limitar al máximo lo que ahora llamamos «daños colaterales» o consecuencias indirectas de la guerra, y sobre todo evitar el sufrimiento indiscriminado de los civiles y asegurar que los heridos y los prisioneros de guerra recibieran un tratamiento humano. Estas leyes fueron la codificación de reglas que en Europa provenían de la Edad Media y sostenían una noción de «guerra civilizada», algo muy importante a la hora de definir el papel del soldado como un agente legítimo del Estado y no como un delincuente. (Claro que no era necesario actuar según estas reglas cuando se combatía fuera de Europa contra los «bárbaros» o las naciones «groseras».)

Varios factores, sin embargo, condujeron a este renovado énfasis en el derecho humanitario durante la década pasada. Un factor ha sido el cambio en el carácter de la guerra, aunque algunos aspectos de este cambio ya se podían intuir en el Holocausto y los bombardeos a poblaciones civiles de la segunda guerra mundial. Como dije antes, las violaciones del derecho humanitario y de los derechos humanos ya no son consecuencias indirectas de la guerra sino que representan la esencia de las nuevas guerras. Así pues, tomarse en serio el derecho humanitario es un modo de controlar el nuevo tipo de guerras. Un segundo factor fue el contexto internacional que siguió al final de la guerra fría. La conclusión de la guerra fría ofreció la posibilidad, por vez primera, de una acción internacional concertada. También permitió que las nuevas guerras fueran mucho más visibles y que el nuevo discurso global sobre humanitarismo y derechos humanos, derivado del diálogo de los años ochenta, sustituyera al lenguaje de la guerra fría.

Un tercer factor fue la aparición de la sociedad civil global, como evidenció el crecimiento de las ONG dedicadas al humanitarismo y a los derechos humanos. Ambos tipos de ONG reflejaban una creciente conciencia de que existen una serie de deberes hacia la humanidad, desarrollada a partir de la experiencia de la guerra en el siglo XX; algo que formaba parte de las nuevas maneras de pensar que se abrieron tras los acontecimientos

de 1968. En concreto, durante las guerras en la antigua Yugoslavia, muchos de los grupos activos en las campañas contra la guerra fría, y en la unión de pacifismo y derechos humanos, empezaron a reclamar una intervención humanitaria: zonas seguras para los desplazados, tribunales para los delitos de guerra y protectorados internacionales. Es decir, que aquellos grupos responsables de la reinvencción de la sociedad civil presionaban para reforzar el derecho internacional.

Hacia el final de los años noventa se podía decir que la presión de la sociedad civil global había provocado una amplia aceptación de las normas humanitarias. La organización Human Rights Watch decía en su informe anual correspondiente a 2000:

«Los avances realizados [...] en enfrentarse a los crímenes contra la humanidad representan más que una limitación doctrinal de las prerrogativas de la soberanía. Tras los avances en la justicia internacional y el aumento de los despliegues de fuerzas para impedir atrocidades hay una evolución en la moralidad pública. Más que en ningún momento de la historia reciente, hoy en día la gente de todo el mundo no está dispuesta a tolerar abusos graves de los derechos humanos e insiste en que se haga algo para evitarlos. Esta creciente intolerancia a la inhumanidad no va a significar el fin de las atrocidades que han marcado tantos periodos del siglo XX. Algunas situaciones serán demasiado complejas o difíciles para una fácil resolución desde fuera. Pero esta reforzada moralidad pública sí que supone un obstáculo que, al menos en ocasiones, puede prevenir o detener estos crímenes y salvar vidas»<sup>16</sup>.

En lugar de guerras, lo que es necesario hoy en día es hacer cumplir el derecho internacional. Las intervenciones humanitarias se pueden concebir como un modo de hacer cumplir este derecho internacional con respecto a los derechos humanos y a las leyes de la guerra, en situaciones en las que un Estado se haya hundido o en las que sea el propio Estado el que viole el derecho. Hacer cumplir la ley es distinto a combatir en una guerra. Implica el mínimo de bajas posibles en todas las partes, la protección directa de las víctimas y la detención de los criminales de guerra y un escrupuloso respeto a los derechos humanos y al derecho humanitario en el cumplimiento de la misión. Está más cerca de lo que hace la policía que de una guerra, aunque requiera una acción más robusta que la necesaria para la policía en circunstancias normales. Implica

también imparcialidad, en el sentido de que todos los civiles, independientemente de sus opiniones u origen étnico, han de ser protegidos y, de igual modo, todos los criminales de guerra han de ser perseguidos, sin importar de qué lado luchan. Sin embargo, no se debe confundir esto con neutralidad porque casi siempre ocurre que uno de las partes es responsable de mayores abusos de derechos humanos que la otra. La guerra de Kosovo, independientemente de si es justificable o no, no puede ser vista como una intervención humanitaria, ya que fue una guerra entre la OTAN y Yugoslavia más que una intervención directa para proteger a los albanos-kosovares sobre el terreno.

En el caso del 11 de septiembre, un intento de hacer cumplir el derecho internacional hubiera sido muy distinto a la «guerra contra el terror» de Bush. Los ataques del 11 de septiembre hubieran sido declarados un crimen contra la humanidad, no un ataque contra Estados Unidos. Se hubiera construido una coalición internacional basada en el compromiso con unas reglas globales, no en el apoyo a Estados Unidos. Cualquier acción militar hubiera contado con la autorización directa de Naciones Unidas y hubiera partido de los principios del cumplimiento del derecho internacional: la protección de los civiles y el arresto de los criminales en lugar de la derrota de un enemigo. Y cualquier acción de ese tipo hubiera tenido que formar parte de un programa político más amplio que buscara la justicia global en términos políticos, económicos y sociales.

Para que algo así funcionara, sin embargo, sería necesario un compromiso mucho más sustancial que el demostrado hasta la fecha, un compromiso que fuera más allá de la retórica. En parte, se trata de comprometer recursos. El concepto de intervención humanitaria quizá necesite ser redefinido como una presencia internacional en áreas con tendencia al conflicto, una presencia que represente un continuo desde los miembros de la sociedad civil hasta las organizaciones internacionales, incluyendo un despliegue de fuerzas internacionales para el mantenimiento de la paz mucho mayor de lo que hemos visto hasta ahora. En parte, significa un cambio de perspectiva, sobre todo en lo que respecta al entrenamiento, el equipamiento, los principios y las tácticas de las fuerzas de mantenimiento de la paz. Pero por encima de todo implica una auténtica con-

<sup>16</sup> <http://www.hrw.org/reports/2000>.

vicción en la igualdad de todos los seres humanos; y esto supone la disposición a arriesgar la vida de las tropas de mantenimiento de la paz para salvar otras vidas cuando sea necesario. Hay que subrayar que no hablo de una guerra en toda regla y que por lo tanto los riesgos son inferiores que en una guerra convencional. Pero incluso en las sociedades más tranquilas la policía toma riesgos para mantener la seguridad de los ciudadanos de a pie, como también hacen los bomberos, por ejemplo. La posición que defiende el cumplimiento de los derechos humano exige ese mismo tipo de compromiso a nivel internacional.

¿Puede llegar a existir un contrato social global, que garantizaría el cumplimiento de los derechos humanos fundamentales? ¿Implicaría esto que el individuo debería pagar impuestos globales o, lo que es más importante, que debería estar preparado para morir por la humanidad? En mi opinión, el individuo debe estar dispuesto a morir por la humanidad pero no de modo ilimitado (como ocurría en las guerras entre Estados). ya que todo individuo es también parte de la humanidad. De hecho, muchos miembros de organizaciones humanitarias y de agencias de ayuda ya arriesgan sus vidas por la humanidad. A veces se dice que esta idea es utópica hasta el ridículo, que morir en defensa del hogar propio es muy distinto a arriesgar la vida en nombre de algo tan amplio y abstracto como la humanidad. Pero morir por la nación es, de hecho, una invención relativamente reciente. La idea de que hay un bien más elevado por encima de la nación y del Estado son muy anteriores.

He dicho que la sociedad civil, del modo en que fue reinventada en Europa del este y América Latina, era fundamentalmente global. Se trataba de crear un sistema de normas globales y de usar las instituciones globales para aumentar los espacios autónomos a nivel local. El fin de la guerra fría supuso un impresionante aumento de ONG, movimientos sociales y redes transfronterizas. Estos grupos contribuyeron al fortalecimiento de las reglas globales y viceversa. La aparición de la sociedad civil global parecía anunciar el final de la guerra moderna, el final de los límites territoriales para las normas, el fin de la distinción entre lo interno y lo externo. La sociedad global civil consistía en que lo interno salía afuera. Pero también hay nuevos tipos de guerra, que pueden describirse como lo externo entrando dentro: la expansión

de lo incivil. ¿Estamos yendo hacia una era premoderna, caracterizada por guerras recurrentes, o la aparición de la sociedad civil global presagia la llegada del imperio global de la ley?

Los tres tipos de guerra que he descrito están relacionados con Estados fallidos o unilateralistas belicosos. Reflejan el modo en que estos Estados han reaccionado a los cambios sociales, políticos y sobre todo militares derivados de la globalización. Los Estados europeos pertenecen a otro tipo de Estado, los Estados multilateralistas partidarios del derecho. En parte como consecuencia de su papel secundario durante la guerra fría y en parte por la densidad de la sociedad civil en su territorio, han acabado por considerar que su principal interés es la creación de un marco multilateral de normas, un sistema de gobernanza global. La legitimidad de tal sistema procede de los Estados, que siguen siendo las unidades legalmente capacitadas para crear organizaciones internacionales, firmar y ratificar tratados o votar en foros internacionales, por ejemplo. Los Estados multilateralistas mantienen su condición de guardianes jurídicos de la soberanía, aunque no sean capaces de crear y ejecutar normas unilateralmente, sino que tengan que participar en un sistema interconectado. Siguen siendo instituciones basadas en la coerción, responsables de la seguridad interior y del control de las fuerzas armadas. Pero su control de la violencia interior está, como si dijéramos, bajo supervisión en el contexto creado por la nueva panoplia de instrumentos de defensa de los derechos humanos, y el uso externo de la fuerza sólo puede ser legitimado por un proceso internacional.

Cualquier tipo futuro de régimen humanitario internacional necesitará el compromiso de los Estados multilateralistas. Hasta ahora, en cambio, estos Estados se han mostrado dispuestos a participar en operaciones de mantenimiento de la paz siempre y cuando no fueran demasiado amplias ni hubiera que arriesgarse a sufrir bajas. O han apoyado las guerras espectáculo estadounidenses. Todavía no están preparados a ser la punta de lanza de un contrato social global.

Éste es el reto para Europa. ¿Pueden los países europeos transformar sus fuerzas armadas en robustos instrumentos humanitarios cuya tarea sea hacer cumplir el derecho internacional? ¿Pueden ofrecer una alternativa a la hora de enfrentarse con la guerra de redes, el terro-

rismo y la guerra neomoderna, basada en el derecho internacional? ¿Están dispuestos a responder a la «guerra contra el terror» con una sociedad civil global? ■

[Este texto corresponde al capítulo del libro colectivo *Guerra y Paz en el siglo XXI*, que será editado por Tusquets.]

Mary Kaldor dirige el Programa para la Sociedad Civil Global en la London School of Economics. Autora de *Las nuevas guerras* (Tusquets Editores, 1999), traducido a cinco idiomas.